

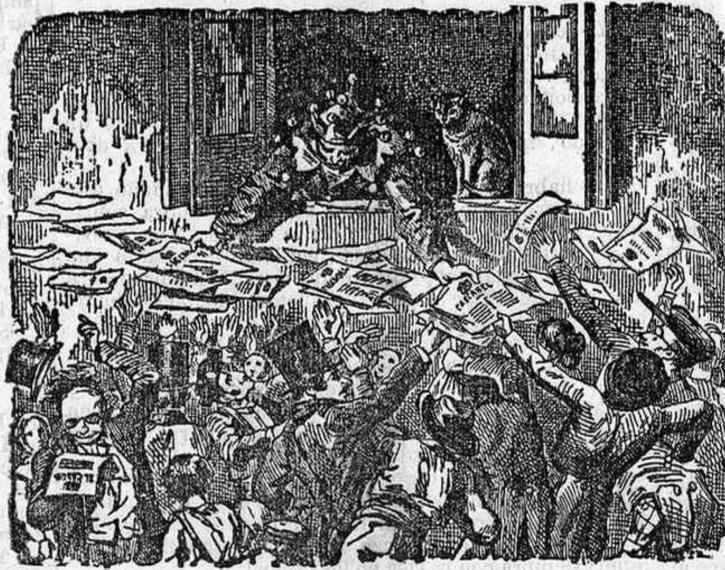
CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

Administración.—Caños, 4, bajo.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj., 6 meses 20 rs.—América, 40.

# EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

## ¡LÁSTIMA GRANDE

### QUE NO SEA VERDAD TANTA BELLEZA!

La otra noche llegué yo á un pueblo, que no sé cómo se llama, que no sé dónde está, á un pueblo magnífico, cuajado de soberbios edificios, entre los cuales destacaban una preciosa imponente catedral, un gran teatro nacional, una cárcel de severa apariencia, y además de estos edificios había extensos, limpios, anchos, magníficos mercados, fuentes monumentales, vistosas plazas con estatuas de Colon, Isabel la Católica, Velazquez, Murillo, Cervantes, Quevedo, Calderon, Lope, Tirso de Molina, Santa Teresa, Fray Luis de Leon, Cisneros y otros personajes eminentísimos, honra y gloria de España.

—¿Qué país es este? ¿Cómo se llama esta maravillosa ciudad? pregunté á un transeunte.

—Esta hermosa capital, me dijo, es Madrid. ¿Es V. tonto que no sabe á dónde viene?

—Creo que tonto me cree V. cuando cree que he de creer que estoy en Madrid....

—Pues ¿dónde cree V. estar?

—No sé dónde, porque esto es para mí completamente desconocido.

—Pero V., ¿de dónde viene?...

—De Madrid.

—Mire V., allá abajo, tomando toda la calle de árboles, á lo último, hay un magnífico manicomio, que es la envidia de todas las capitales de Europa... Vaya V. allá, preséntese al Director, dígame V. que viene de Madrid y que no cree V. que está en Madrid, y ya tiene V. casa y comida seguras, y buen trato afable y cariñoso.

—Pues mire V., le contesté, puede que tenga V. razón y sea yo loco de remate, porque en Dios y en mi ánima juro á V. que anoche salí de Madrid....

—¡Hombre!

—No lo recuerdo bien, pero creo que salí huyendo de seoso de no oír ni ver á nadie, de no saber nada, de no leer periódico alguno....

—Caballero, no tiene duda, yo lo siento mucho; pero está V. loco, ha perdido V. la chaveta....

—No es raro, porque aquel Madrid es para volver loco al hombre de más juicio y seso, y sobre todo á mí, que nunca he tenido mucho juicio, al decir de mi mujer y de mis acreedores.... Tiene V. razón, estoy loco; y, mire V. lo que son las cosas, me alegro, porque para poco juicio más vale ninguno.... Mi sitio es la casa de locos, ese manicomio modelo, que dice V. que hay aquí; pero antes de ingresar en ese benéfico asilo, quisiera ver este pueblo, quisiera conocer sus costumbres....

—No tengo inconveniente en acompañar á V. sirviéndole de guía.... Por supuesto que, aunque esté V. loco, que si lo confiesa no debe estarlo mucho, no tendré nada que temer de V., ¿no es verdad?

—¡Oh! no, señor; yo soy un loco inofensivo.

—Y despues de todo, lo mismo me da que sea V. inofensivo ó no lo sea, porque como llevo conmigo un palo muy gordo, si le diera á V. algun ataque y V. quisiera

dármelo á mí, le pego á V. un garrotazo que le deslomo, y en paz.

—Perfectamente, admito esa agradable proposición; me gusta V. por lo franco.

—Aquí somos todos así, gente sencilla, franca, hospitalaria, servicial, caritativa.... Estas buenas cualidades no las hemos perdido nunca los madrileños....

—Diga V., ¿será V. el loco y yo el cuerdo?

—Dejemos esa cuestión, y vamos á aprovechar el tiempo. ¿Quiere V. venir al Congreso de diputados?

—¡Hombre! no, no me gustan esas enfadosas interminables cuestiones personales, ese tiroteo de pullas, y dimes y diretes, y dars y tomars....

—¿Qué está V. diciendo? En nuestro Congreso no se oyen más que voces elocuentes, patrióticas, de claros hidalgos varones, que cada día hacen un bien al país, y que no se ocupan más que en mejorar la condición de la industria y el comercio, proteger las artes y desarrollar grandemente la riqueza pública, que es, gracias á ellos, cada vez más importante y más envidiada del mundo entero.

—Entonces, si es como V. dice, vamos allá.

Y fuimos.

El edificio, exterior é interiormente, se parecía mucho al Congreso de hoy....

Los bancos estaban llenos de diputados, todos graves, serios, silenciosos.

Hablaba uno de ellos con reposado tranquilo acento, sin voces ni manoteos, y los demás le oían con profunda atención. Por lo que pude colegir, tratábase del establecimiento de nuevas casas de Beneficencia. ¡Qué bien pintaba la amargura de los pobres! ¡qué elocuentemente encarecía la gratitud que sentirían en sus corazones los ancianos inutilizados, los niños huérfanos, las madres abandonadas, al verse libres de la miseria, con alimento sano y saludable abrigo!...

Todos le aplaudieron, y levantóse un ministro á decir que inmediatamente se establecerían casas de Beneficencia como no las tenía ningún país del mundo.

Luego se levantó otro ministro y leyó un proyecto destinado á premiar las obras del ingenio más notables que se habían publicado en el año, obras científicas, unas, recreativas y morales á la vez, otras, y dramáticas otras, y otras líricas.

Todos los diputados votaron este proyecto.

Luego se trató de hacer imposibles los engaños y los fraudes en las Sociedades de Crédito; luego tratóse de ajustar las cuentas y poner derecho al Banco, que estaba, á lo que parecía, un poco torcido; y por último, se votó por unanimidad una magnífica ley de vagos, que destruía para siempre esta polilla de la sociedad, haciendo imposible que uno fuera vago más de un día, porque el día siguiente al de empezar á ser vago, la autoridad le haría trabajar por fuerza, si no prefería trabajar de grado; y si no se le podía ni á la fuerza hacer trabajar, sería enviado á una casa donde se aburriría seguramente de no poder jugar á las chapas ni al cané, ni aprender malas mañas, y tendría que apechugar con el trabajo, á no preferir morirse de fastidio.

Sali encantado de aquel Congreso, donde no oí ninguna recriminación, donde el público de las tribunas

guardaba la mayor compostura, y donde tranquila, pacífica, amistosamente se hacía la felicidad del país.

Pasábamos por una calle parecida á la Carrera de San Gerónimo, cuando oí pregonar un periódico, y al momento llamé al vendedor y le tomé un ejemplar, que mi acompañante pagó, dando una peseta por él, señal de que el dinero estaba muy abundante y de que los periódicos eran más apreciados que hoy, que por dos cuartos, y que no faltan nunca pedimos á Dios los periódicos, se venden á voz en grito, y aun hay gentes tan sin corazón que no los compran.

Era un periódico bastante grande, que en todos los números, por lo que vi en el que tenía en la mano, además de los materiales amenos y variados de su redacción y propiedad, reunía y copiaba los artículos políticos de fondo que habían publicado el día anterior los periódicos más importantes.

En verdad que pasé agradabilísimo rato con la lectura de aquellos artículos de fondo, todos mesurados, profundos, llenos de grandes verdades, de provechosos desinteresados consejos al Gobierno, de grandes pensamientos sobre Hacienda, sobre Marina, sobre industria, sobre todo lo que interesa al país. ¡Qué lenguaje tan patriótico y templado y digno! Nada de burlas y personalidades, nada de amenazas, nada de palabras vanas. Recorrí luego las demás secciones del periódico, y no ví noticias de crímenes horrorosos, ni retratos de criminales simpáticos, ni escandalosas noticias de hechos vergonzosos de la vida privada, ni chiste alguno inmoral; hallé, en cambio, artículos de crítica literaria razonada y justa, cuadros festivos ridiculizando vicios y malas costumbres, biografías de hombres eminentes, ejemplos de virtudes cristianas, bellas poesías, y, en fin, una infinidad de noticias útiles, de inventos, de literatura, de artes, sin *boombo*, sin exageraciones.... Lo que más me chocó fué que no traía noticia alguna de nombramientos y cesantías.

Pasábamos por delante de un gran edificio, cuando me dijo mi acompañante que tenía que subir á ver si le habían despachado un asunto, cuyo expediente se había empezado hacia dos días, con lo que dicho está que aquel edificio era uno de los Ministerios.

—¡Hombre! le dije, es inútil que suba V., porque si el expediente se ha empezado hace dos días, en seis años, lo ménos, no estará resuelto el asunto.

—¿Qué sabe V. de eso? me contestó mi hombre, sin hacer caso de mi observación.

Y subimos. Todos los empleados estaban en sus puestos, todos trabajando. Los porteros nos recibieron afablemente, saludándonos con la mayor cortesía; los empleados, desde el ministro, que era un buen hombre, muy modesto y muy franco, hasta el último escribiente, dieron á mi hombre todos los datos y detalles que solicitaba, todos los que habían de firmar los documentos que acreditaban la resolución del asunto de aquel caballero los firmaron inmediatamente, y ambos salimos encantados de lo bien y activamente que se trabajaba en las oficinas del Estado.

Llamóme mucho la atención la solidez y la igualdad del empedrado, y pregunté á mi guía en qué consistía

—Es muy sencillo, me dijo; en que el empedrado se hace bien; así es que dura, como lo ve V., diez y doce años, y no hay necesidad de estar empedrando y des-empedrando y volviendo á empedrar todos los días.

También me chocó no ver corrillos en las calles, gentes tomando el sol é interceptando el paso; pero mi acompañante me dijo que eso no se usaba, que todo el mundo tenía que hacer y cada cual iba á sus negocios y nada más, exceptuando los días festivos, en los que se iban las gentes al campo á esparcirse, á tomar el aire, y ensanchar los pulmones, y echar una cana al aire, comiendo sobre la verde yerba, en familia.

Entramos en un café... ¡qué amabilidad en los mozos! ¡qué esmero en el servicio! ¡qué limpieza! ¡qué café tan rico y tan poco parecido al que toman VV. en los cafés de Madrid! ¡qué leche tan pura!... Y la gente entra en el café, tomaba lo que le parecía, y en seguida á la calle, á seguir cada cual su camino.

—Lléveme V. á una casa de juego, dije á mi acompañante, ya que todo está aquí tan bien montado, á ver si puedo dar tres golpes á un duro que llevo aquí....

—¡A una casa de juego! repitió furioso mi hombre; agradezca V. que no tengo mala intención y conozco el lastimoso estado de su razón, que si no ahora mismo le llevaba á V. donde le enviaran á la cárcel por conatos de jugar....

—¿Qué! ¿no se juega aquí?

—¿Aquí?... ¡Jesús! ¡qué vergüenza! Ni la autoridad lo consiente, ni nadie quiere que encima le caiga la infamia que cae sobre los que se dan á tan feo vicio.

—Pero hombre, en mi patria juega todo el mundo, hasta los más encopetados señores, y no pierden por eso nada más que el dinero, si no lo ganan.

—Porque en su país de V. habrá una sociedad perdida, desmoralizada, desvergonzada y holgazana.... Aquí no hay más juego ni más medio de medrar que el trabajo. Eso sí, al que trabaja todos le ayudan, todos le consideran, el Gobierno el primero, todos le respetan y todos le miran como á un verdadero patriota, que patriota es el que trabaja por el engrandecimiento de su patria, no por su ruina. Y tanto como aquí se respeta al que trabaja, tanto se desprecia al vago, holgazán, sea quien quiera, ya pertenezca á la clase más elevada ó á la más pobre. Aquí no se usa pedir destinos, porque no se le quita á nadie el que ha ganado; aquí no hay más pobres que los niños huérfanos y los ancianos imposibilitados de trabajar, y esos no son pobres, porque el Gobierno es su tutor y la nación su madre; en fin, aquí trabaja todo el mundo, y al que no quiere trabajar se le cierran los caminos del vicio, del robo y de la estafa, y no tiene más remedio que seguir el único que á nadie se le cierra, que es el del trabajo.

—Diga V., y la usura ¿cómo está aquí organizada?... ¿Cuántas onzas me llevarían por diez duros?...

—¡La usura! aquí no se coloca eso; á quien prestara dinero á más del 6 por 100 le llevarían á presidio; y además, como todo el mundo trabaja, como todo el mundo se contenta con lo que tiene, se hacen muy pocos préstamos.

—¿Y las casas están caras?

—No, señor, hay casas para todas las fortunas, pero el casero se contenta con sacar un 6 ú 8 por 100 á su capital; así es que la gente pobre vive muy ricamente en cuartos cómodos, limpios y sanos.

—¿Y las costumbres?

—Las costumbres no tienen nada de particular; todo el mundo respeta y practica la religión; los casados viven en paz y en gracia de Dios; los hijos respetan á sus padres, y todo el mundo cumple con las obligaciones de su estado. Hay excepciones, hay quien se olvida de sus deberes, pero en el desprecio con que se le mira y trata recibe un castigo proporcionado á su falta. A la casada que se tuerce, aunque sea más bella que Venus, nadie la mira á la cara, y queda aislada en la sociedad, y al marido calavera se le cierran todas las puertas, y es preciso que se arrepientan y prueben su arrepentimiento para que se les mire con piedad. Desengáñese V., amigo mio, aquí todo el mundo anda derecho, y al torcido se le endereza, si se puede, y si no se le inhabilita completamente para hacer daño ó torcer á los demás. Aquí hay libertad completa, absoluta para el bien, pero ninguna para el mal. Desde el primer ministro hasta la última criada de servir, todos cumplen con su deber y se contentan con lo que tienen, que siempre tienen lo que merecen. En fin, todos nos respetamos y todos estamos animados del amor á la patria y del deseo de engrandecerla y hacerla fuerte y respetable.

—Pero hombre ¿qué país es este?...

Y no oí lo que me contestó aquel hombre, porque me despertó la voz bronca, aguardentosa de una mujer que vendía ¡El extraordinario! ¡El extraordinario!...

¡Ay! solo en sueños se ven y se saben tan buenas cosas.

## UN DIA DE MAL HUMOR.

Yo tengo un carácter pacífico, conciliador, dulce, amable, infeliz, festivo, alegre, jovial y bonachón, y si acaso me dicen VV. que esto nada tiene de particular, les responderé que tiene mucho de particular, porque en otro tiempo he sido una harpía, un cancerbero, un demonio, metafóricamente hablando, una fiera desatada.

No habrán visto VV. una persona más risueño que yo; siempre tengo en los labios una encantadora sonrisa, una preciosa sonrisa, una dulce sonrisa, una sonrisa arrebatadora, una sonrisa hechicera.... (¡basta que yo lo diga!) hasta el punto de que á nadie mejor que á mí puede aplicarse aquella filosófica definición del hombre: *homo est animal risibile*.

Me levanto de la cama y me río, me lavo y me río, me afeito y me río, me sirven el almuerzo y me río, salgo de casa y me río, entré en el café y me río, voy de paseo y me río, veo á un amigo y me río, me duelen las muelas y me río, pago una cuenta y me río, y hasta si me dan un linternazo me río.

Y con esa teoría, digo, con esa práctica, me va tan ricamente; porque, ¿quién va ofender, ni á odiar, ni á servir con desagrado á un hombre que se ríe? Nadie; por lo contrario, todos dicen de mí, ¡qué amable es Fulano! ¡siempre con la risa en los labios!

Mas creo haber dicho á VV. que en otro tiempo fui un caiman, un basilisco, y tengo que darles satisfacción de semejante cambio verificado en mi risible persona.

Tendrán VV. observado, por experiencia propia, que hay días en que uno se levanta fastidiado, aburrido, cargado, impertinente, con un humor de mil diablos, sin saber por qué.

Uno de esos días que debíamos señalar en nuestra vida con bola negra, me levanté yo con un humorcillo más negro.... que ya, ya.

Madrugué dos horas antes que de ordinario, aburrido de estar en la cama sin dormir. Pedí el chocolate con malos modos, y como el chocolate no estaba para aquella hora otros días, la criada se apresuró a hacerlo, pero tan de prisa, que se le fue la mano en el agua y no se acordó de echar el chocolate; y el agua hierve que hierve, mas el chocolate nunca venia.

Y la muchacha se afligía porque aquello nunca tomaba color; y habiendo pasado media hora en que yo no habia cesado de gritar, se acordó que no habia echado el chocolate, y en su precipitación echó un pedazo de tocino fresco en la chocolatera y el chocolate en el cocido, que á la sazón estaba tambien disponiendo.

Y el chocolate no venia, y yo grita que grita, y la criada sopla que sopla, atizando la lumbre, echando carbon, pegando al gato y rezando por lo bajo no se qué oraciones que yo no entendía.

Y yo, satisfecho en parte por tener con quien desahogar mi mal humor, gritaba y alborotaba, y me oían los vecinos, y ponía el grito en el quinto cielo, y la criada sopla que te sopla, atiza que te atiza, más encendida ella misma que el mismo fuego.

Desesperado ya, voy á la cocina: la criada que me ve se apura, se atolondra y con un conciliador: «Ya voy, señorito,» se pone á echar en la jicara aquello, que ni ella misma sabia lo que era.

Empieza á salir agua, y agua, y agua caliente, hirviendo, y para fin de fiesta una corteza de tocino, que no cabiendo en la jicara cayó al suelo y fué cogida por el gato.

Y yo, que hallaba ocasion favorable, prolongaba mis improperios, mis regaños, mis insultantes, irritantes, excitantes y alarmantes palabras ofensivas, y la criada atolondrada, avergonzada, sonrojada....

En medio de la pasada escena habia yo oido sonar la campanilla.

Pero la criada no oía más que mis gritos, no veía nada, no sabia lo que hacia....

Y la campanilla seguía llamando.

Y la criada seguía en Babia, y yo seguía armando un alboroto.

—Señora, exclamé yo al fin, ¿no oye V. que están llamando?

Y la criada abre la puerta y entra mi mujer, que venia de dar un paseito por el Retiro, y yo sigo regañando á la criada, y mi mujer la regaña tambien, porque la ha tenido media hora en la escalera, y yo regaño á mi mujer porque se ha ido á dar un paseito, y mi mujer me regaña á mí, y la criada regaña al gato que se le come el jamon, y los dos regañamos á la criada por su descuido, y la criada cansada, cargada y harta de oír regaños, improperios y malas palabras, se nos cuadra y nos dice cuatro insulencias, y dice que no necesita de mi casa para comer un pan tan negro, por más que yo defiendiendo que es blanco, y mi mujer la planta en el arroyo, y yo me quedo plantado tambien no teniendo ya á quien regañar mas que á mi mujer.

Yo le pido chocolate, y ella no sabe dónde lo tenia la criada, y manda á la tienda al chico del portero por chocolate, y el chico al cabo de una hora viene con una libra que no pesa más que media, porque está llena de mordiscos del chiquillo, y mi mujer empieza á hacerlo de nuevo, y yo torno á mis trece, y á ella se le va apurando la paciencia, y de pues de una hora me trae el chocolate, y al primer sorbo me quemó, y se me cae el chocolate hirviendo en la mano, y escaldado tiro el plato á mi mujer, y ella me tira los trastos á la cabeza, y yo casco al gato, que sigue robando jamon, y el gato se me tira á la cara, y me hace un mapa en un minuto, y mi mujer se sienta á llorar afligida y dolorosa al pié de la cruz de unos pantalones que me estaba remendando.

Y cuando parecia restablecerse la calma por un momento, mi niño, que se ha despertado á los gritos, empieza á llorar en un tono estrepitoso.

Y yo, que no estoy para muchas, cojo al niño, y aplaudo con entusiasmo sobre aquella parte en que tanto suenan los aplausos.

Viene el barbero, y pide agua para afeitarme. No

habiéndola caliente, se decide á afeitarme en frio. Me hace un arañazo, y yo, que no estoy para muchas, me pongo como un tigre y le insulto y le digo que es un bárbaro que no sabe su oficio.

El barbero se pone á temblar, y de verme la cara se le va la mano, me mete la navaja por la boca y se me lleva medio carrillo.

Acaba su operacion, me cura con un pedazo de pañuelo viejo y una corbata, porque mi mujer entónces, y en su atolondramiento, no se acuerda dónde tiene las vendas ni los trapos; véase el barbero, y yo me quedo con un geniecillo, que ni todos los del infierno.

Mi mujer me viene con contemplaciones, yo no estoy para sufrirlas; sálgome de mi cuarto incomodado, doy un fuerte portazo, y al darle me cojo los dedos en la puerta, de modo que me hacen ver las estrellas al medio día.

Salgo al balcon por ver si me distraigo, mas una vecinita me pregunta si he tenido algun lance de honor, que llevo la cara tan tapujada. Y yo, que no estoy para dar satisfaccion á nadie, me quito precipitadamente del balcon, doy otro portazo y rompo cuatro cristales.

Incomodado, fastidiado, cargado, lisiado, arañado y muerto de necesidad, pido que me den algo de almuerzo, y mi mujer, que al verse sin criada, ha hecho un almuerzo improvisado para salir del paso, me da unas sopas de ajo.

Y á mí, que en otras ocasiones me han gustado las sopas de ajo, no me gustan entónces, porque estoy de que nó, y maldigo los ajos una y mil veces, y hasta de quien los echa á la comida.

Y mi mujer por aplacar mis iras me sirve un pez frio que quedó de la noche anterior, y yo lo tomo con mal gesto, y por comer de mal humor y de mala manera, no tengo cuidado y me atraganto con una espina.

Y yo no aliento, y mi mujer se apura, y llama á la portera, y al confesor, y al médico, y la casa es un valle de lágrimas.

Y cuando sube la portera, y el médico viene, y los vecinos suben, echo la espina y me quedo tan sereno.

Y vuelvo á maldecir de los peces, y hasta de las ranas, y de mi casa, y de mi mala suerte.

Y me dispongo á vestir para marcharme lejos de mi casa, para huir del teatro de tanta catástrofe, y como me visto de prisa, se me saltan los botones de la camisa y los del gaban, y se me rompen las ligas y salta la hebilla del chaleco; y no sé dónde para mi corbata....

Y entónces recuerdo que me la he puesto como venda....

Y despues de mucho rato logro abandonar mi casa fastidiado, incomodado, cargado, arañado y muerto de hambre.

Y al salir á la calle, contento de verme en ella libre de mi casa, echo á andar de prisa sin saber lo que hago, y un perro, que me ve correr, me sigue y se ceba en mis pantorrillas....

Y yo corro más y más por librarme de aquel nuevo accidente; y como la cosa está tan así, un guardia de caballería que me ve correr, sospecha que soy algun revolucionario, corre tras de mí, y me atiza un sablazo....

Voy á entrar en un café para sustraerme de semejante acometida, y en mi precipitación atropello á un mozo, á quien rompo una bandeja con su servicio, servicio que me hacen pagar y que me cuesta ocho duros....

Salgo del café decidido á tirarme al canal, y como voy tan de prisa, tropiezo con un caballero, y sobre si «yo llevaba la acera y V. nó, ó si V. es un insolente», le pego una bofetada, me coge un guindilla, y me lleva al saladero....

Cuando me vi en la cárcel, pensé con calma y con sangre fria en mi situacion, y como á toda tormenta sucede la bonanza y el tiempo sereno, á los pasados arrebatos sucedieron estas prudentes reflexiones:

Vamos á ver: ¿cuál es la causa de esto que me pasa?

—El haber atropellado á aquel caballero.—Y ¿por qué le he atropellado?—Porque salia de pagar ocio duros de servicio que habia roto en el café.—Y ¿por qué entré en el café?—Porque me seguia un guardia de caballería.—Y ¿por qué me seguia?—Por que yo iba corriendo, porque iba furioso.—Y ¿por qué iba yo furioso?—Porque la criada y mi mujer, y mi mujer y la criada, y el barbero y el chico, y la puerta y el gato y el chocolate....

—Y ¿por qué ha venido aquello de la criada y de mi mujer y del gato?...—Por haberme levantado ántes de tiempo con mal humor, regañando y armando un alboroto en mi casa....—¡Hola! ¡Pues veo que me ha costado muy caro un rato de mal humor!... Esta es la hora que estoy como quien dice en ayunas; la criada se me ha marchado, mi pobre mujer se ha quedado haciendo pucheros, el chico.... lo que es el pobre chico ha pagado el puto.... y el gato se ha divertido dibujando en mi cara....

Y el barbero me ha partido, si señor, me ha partido la cara, y he roto cuatro cristales y he pagado ocho duros como ocho soles, que los lloraré toda mi vida!... ¡media onza de mi corazon! ¡Qué vestido podia haberle regalado á mi mujer!

Y ahora me veo aquí en la cárcel como un criminal, como un asesino, como un ladrón!... ¡y Dios quiera que esto pare en bien, porque lo que es la bofetada ha sido soberana.... ha hecho un ruido!... ¡Y creo que he visto saltar dos dientes!... ¡Hombre! ¡Lo que es un hombre acalorado!... ¡Quién habia de pensar!...

En fin, señores, por la intervencion de un amigo, y dando aun las gracias, me soltaron de la cárcel, no haciéndome pagar más que mil quinientos reales por los daños y perjuicios!!!...

Cuando llegué á casa prometí, ofrecí, juré é hice voto de no permitirme unos gustos que cuestan tan caros, y de no enfadarme por siempre jamás, amen.

Desde entónces soy lo mas manso, lo más dulce, lo más infeliz, lo más bonachón que VV. pueden inferir; gasto buen humor de diario, porque me cuesta muy barato, no me altero por nada, me río de cualquier tontería, gozo con artículos tan inocentes como el que acaba de salir de mi pluma, y trato de divertir á mis lectores, dándoles al mismo tiempo una ejemplar lección.

—Conque.... salud, y buen humor.

UNA CONCEPCION DE MURILLO.

A las orillas del Ebro, y á muy corta distancia de una de las poblaciones más importantes de la provincia de Logroño, se descubre todavía, en el fondo de un amenísimo valle, una humilde casita, cercada de un huertecillo, que habitaba hace treinta años una pobre y desgraciada viuda, enferma y sexagenaria, en compañía de su querida y bendita hija, que apenas contaba diez y seis años.

Estas dos pobres mujeres, aunque vivían de su trabajo, con bastante estrechez, pues carecían algunas veces del preciso sustento, eran, sin embargo felices, porque tenían una conciencia tranquila un alma pura y limpia y un corazón bondadoso.

Mariana, que así se llamaba la madre, atendía con esmero el hogar, y según se lo permitían sus cansadas fuerzas, á las necesidades de la casa: hilaba á ratos perdidos, cuando el mal temporal ó sus achaques la impedían salir al campo á apacentar una cabra, fiel compañera de sus soledades, mientras Isabel, su tierna hija, iba durante el día á los pueblos inmediatos para ganar un escaso jornal, con el que proporcionaba á su cristiana madre el más preciso, aunque reducido alimento.

Así pasaban los días estos dos bondadosos seres, amándose mutuamente, y esperando con viva fé en otra vida mejor.

El ajuar de esta pobre familia consistía en unos cuantos trastos viejos y deteriorados, una tarima de seis tablas, tres groseras banquetas, una mesita de roble apollillada, y un cofre antiquísimo y sin llave.

Había en un rincón un poco de paja, donde se acostaba la cabra, y aunque el lecho de sus dueñas no era mucho mejor, debían encontrarlo excelente, pues disfrutaban en él del más puro y regalado sueño.

Sobre la cabecera de este lecho, Mariana había colocado una imagen de la Purísima Concepcion, que conservaba cariñosamente como un recuerdo piadoso de sus antepasados.

Madre é hija—pero con especialidad aquella—profesaban á esta Virgen una gran devoción, pues considerándola como su protectora, creían ciegamente deber á su celestial influencia las breves dichas que habían alcanzado en la tierra. Esta santa imagen era el único tesoro que poseían aquellas tiernísimas almas: á ella acudían con sus continuos y constantes ruegos; ella era la depositaria de sus amarguras, el consuelo en sus aflicciones, el alivio en sus agonías, el bálsamo precioso que calmaba sus dolores y curaba sus penas. Forzoso es confesar que no era una de esas pintorreadas estampas que se venden en las ferias y en las librerías ambulantes, sino una verdadera obra artística, al óleo.

Pero muy pronto iba á ser turbada la dulce tranquilidad de esta santa familia. Dios, en sus inexcrutables designios, envía algunas veces calamitosos días y penosas pruebas, aun á las almas puras que siguen fielmente su divina ley. ¡Dichoso el que sufre en la tierra!... ¡el día de la recompensa infinita tendrá también mayor participación!

En el año fatal á que nos referimos, aquella hermosa comarca, lo mismo que el resto de España, había sufrido los espantosos horrores del cólera: sus atribulados moradores huían desalentados y aturridos á refugiarse al abrigo de las escarpadas montañas, ó de la sierra más próxima, en donde, merced á los aires puros que respiraban, á la mayor tranquilidad de su espíritu, la temible enfermedad respetaba sus vidas, y les dejaba gozar algunas horas de dichosa calma en las verdes colinas de aquel hermoso y tranquilo recinto.

Y para que nada faltase al cuadro aterrador que ofrecía la rica y deliciosa comarca de la Rioja, algunos audaces enemigos de la excelsa princesa que hoy ocupa el trono de San Fernando, habían levantado el estandarte de la rebelion, y desde las altivas rocas y ásperos lugares de Cantabria proclamaban fanáticos por rey de España á un hermano del último monarca. La cólera del cielo, en aquella triste fecha, parecía que descargaba sus iras sobre nuestra desventurada patria. Los campos fueron abandonados, y los pocos frutos que aun quedaban se devastaron en breve al soplo de los huracanes y de las tormentas, esterilizándose la tierra por interminables hielos. La miseria fué general: se dejó sentir también en aquellas familias que habían gozado hasta entonces de un pasar cómodo y arreglado: la gente rica interrumpía sus trabajos, temerosa de que llegarán á agotarse sus caudales: ¡tan grande era ya la carestía!

Mariana y su inocente hija se vieron reducidas al último extremo. Vendieron su cabra, que les era tan útil y á la que tanto y tan tiernamente amaban. Recibieron, es verdad, algunas limosnas por mano del cura de la parroquia; pero ¡cuán débiles eran estos socorros! ¡era tan pequeño el número de los bienhechores, y tan grande el de los necesitados! Sin duda estas cristianas mujeres debieron la vida, en tan difíciles circunstancias, á la protección de su bendita Virgen, cuya imagen venerable honraban incesantemente.

—Virgen santa! ¡patrona de mi madre! decía Isabel con angelical acento de ternura y de inocente súplica; ¡no la dejes morir tan miserablemente! ¡atended á su ancianidad!...

—¡Virgen santa! ¡consuelo de los afligidos! decía Mariana con los ojos preñados de lágrimas; ¡no abandonéis á mi hija! ¡velad por ella! ¡es aun tan joven para perder la vida!...

Y en estas benditas oraciones, tiernas y fervorosas plegarias que dirigían diariamente á la amorosa Virgen, hallaban aquellas candidas almas el único consuelo á sus desgracias, el dulce alivio que mitigaba sus penas.

Pasó el cruel invierno, desaparecieron las nieblas, los hielos y la escarcha, volvió la primavera ricamente vestida con su manto de flores, coronada su frente de verdes hojas, de delicados capullos, y los pajarillos con sus alegres trinos, y los arroyuelos con su murmullo blando, y la tierra adornada de preciosas galas, y los

frondosos árboles, y el rosal florido, y el azulado firmamento, brillante espejo de la risueña naturaleza, anunciaban ya días tranquilos y halagüeñas esperanzas para el atribulado espíritu de aquellas sencillas y candidas criaturas. Isabel podría volver á sus tareas, y la anciana no sentiría ya crispase sus dedos con el frío, al tocar la rueca.

¡Ilusiones vanas!

Cierta mañana en que la inocente niña, henchida el alma de religioso fervor, había salido presurosa de su pobre casita, en dirección del cercano soto, para tejer una guirnalda de flores, con la que pensaba engalanar la imagen de la Virgen, el propietario de la cabaña en que vivían, hombre rudo y de aspecto adusto, se presentó á la pobre viuda, y con áspero acento, que revelaba su imperioso carácter y su frío y seco corazón, la dijo:

—¡Vaya! el año de vuestro arriendo ha vencido. Los tiempos han sido malos; necesito dinero y vengo á pedir mi renta.

—¡Ay! respondió Mariana llena de temor y sobresalto: ¡los tiempos han sido peores todavía para mí que para vos! ¡nos ha faltado pan muchas veces!... ¡juzga, pues, si me será posible satisfaceros lo que os debo.

—Entonces, replicó el arrendatario con un aspecto feroz y dando una patada en el suelo, buscad una alma caritativa que os ampare por amor de Dios, pues yo vuelvo á la ciudad, y dentro de breves horas estareis, sin remedio, fuera de esta cabaña.

Aquel hombre duro é insensible no tenía más temor de Dios que piedad de sus semejantes.

—¡Oh! ¡Virgen santa! exclamó con angustia la anciana, cubriéndose el rostro con ambas manos y vertiendo sobre ellas amargas lágrimas. ¡Concededme, Señora, algunos días de respiro! ¡No ocuparemos por mucho tiempo este pobre asilo! ¡Yo espero en Dios que mi ancianidad y la juventud de mi hija lograrán interesar alguna alma piadosa que nos ampare y nos socorra! ¡Puedo acaso poner en la calle mi lecho, la pobre mesa y las tres sillas, única riqueza que poseo?...

—Señora! ¡habeis perdido el juicio!... ¡Vuestro lecho, vuestras sillas y vuestra pobre mesa!... ¡No sabeis que me pertenecen? ¡Pensábais acaso llevaros esas prendas? ¡Quién me pagaría entonces lo que me debéis? ¡Ah! no, voy á haceroslas vender en seguida.

—¡Vender mi lecho! ¿qué decís?... ¿Consentireis en dejarme morir sobre la paja?

—Hacedlo donde mejor os parezca; eso me inquieta muy poco; lo que me importa es que se me pague, lo cual, á decir verdad, creo será imposible con el mezquino valor de vuestro miserable ajuar; pero probaremos...

La infortunada anciana se echó entonces á sus pies, y se esforzó en vano por asirle las manos, en ademán y con acentos suplicantes; el casero la rechazó bruscamente, y, abriendo la puerta con precipitación, arrojó una mirada insensible sobre las blancas canas de esta desconsolada mujer, diciéndola al salir con ronca voz que revelaba su ira:

—Os lo he prevenido ya; mañana responderéis á la justicia, que vendrá á haceros una visita.

Mariana quiso levantarse para rogar de nuevo al propietario, por ver si conseguía ablandar su duro corazón; pero lo intentó inútilmente: sus fuerzas la habían abandonado por completo, estaba clavada al suelo y anegada en copioso llanto. Ya no vio en torno suyo más esperanza que á su adorada Virgen. Entonces cruzó sus manos, y, elevando sus cansados ojos á aquella preciosa imagen, con acento tierno y conmovedor, llena de fé y de esperanza, exclamó: ¡Oh Santísima Virgen, madre de las madres, amor de sus amores, mi gloriosa protectora, no me abandonéis en tan amargo trance! ¡Tened piedad de mí!

Levantóse un tanto tranquilizada, como si su corazón sintiera algo de celestial alegría; y para refrescar su abrasada frente se aproximó al marco de la ventana, desde donde se percibía el ruido sordo de las aguas del Ebro, y se veía la vasta llanura del valle ameno que bordaba sus risueñas orillas, y las agudas é innumerables flechas de los campanarios de la ciudad. Cruzando por su imaginación tristes pensamientos, no se había fijado en el hermoso soto que tenía frente á sus ojos, y en donde hubiera visto, sin duda, á su inocente y querida Isabel que, pocos momentos antes, teja afanosa, con menudas y olorosas flores, la corona dedicada á la Virgen.

Los alegres cantares de la niña distrajerón á la anciana de su profunda meditación. El ruido de sus pisadas, al penetrar en la estancia con bulliciosa inocencia, la hicieron volver en sí.

—¡Madre! ¡Madre! gritó Isabel con infantil alegría; traigo para la Virgen esta preciosa guirnalda que quiero dedicarla en vuestro nombre; y os traigo además este bonito ramo de violetas, lirios y tulipanes.

La hermosa niña, al mismo tiempo que ofrecía á su madre el delicado regalo, le tendió sus amantes brazos y la estrechó cariñosamente, besándola con efusión.

—¡Gracias, hija mia! dijo la anciana, desgarrada su alma por un tristísimo recuerdo. Qué buena eres! ¡La Virgen escuchará compasiva nuestras oraciones y acogerá benigna tus inocentes plegarias!...

Isabel prendió amorosa alrededor del cuadro la guirnalda de flores, y volvió á abrazar á la pobre anciana.

Todo el día lo pasó este ángel de bendición refiriendo á su madre cuanto había visto en el soto, y habló de la fuente, y de los rosales, y de los pajarillos que se escondían entre las ramas.... ¡Ah! bella inocencia, ¡qué hermosa y candida eres! ¡cuán puros y delicados son tus acentos!...

Llegó la noche, y despues de dirigir á la Virgen la oracion cotidiana, se acostaron sin que Mariana hubiese revelado á su hija nada del triste acontecimiento de aquel día.

Isabel disfrutaba en breve del sueño tranquilo de la inocencia, pero su madre no podía pegar sus humedecidos párpados, viéndose ya, mejor dicho, viendo á la hija de sus entrañas errante, sin abrigo, sin amparo, como esos pobres mendigos que se juntan á pasar la no-

che en un portal para dormir sobre un poco de paja fria y tal vez húmeda. Por fin tan melancólicas imágenes fueron desapareciendo poco á poco entre sombras como se esconden los tibios y macilentos rayos de la luna en el horizonte, y su ardiente cabeza, fatigada ya demasiado, cayó rendida sobre la almohada: Mariana logró dormirse. Como el espíritu siempre vela, vió entre sueños á la Virgen que la tendía sus amorosos brazos, apartando á cuantos querían hacerla algun daño, y vió también que le alargaba un precioso bolsillo lleno de monedas de oro, y que la guiaba de la mano y la hacia penetrar en una magnífica habitacion alhajada como la de los señores. Por último, vió una hermosa nube de vivísimos resplandores, y en su centro el trono de la Virgen rodeado de brillantes estrellas, que formaban una preciosa guirnalda.

Y veía allí radiante de belleza á su querida y bendita hija, que la llamaba hácia sí con dulcísimo acento. Todo esto y más veía, cuando se despertó al sentir la impresion de un cariñoso beso que imprimió Isabel en sus mejillas.

—¿Qué tal noche habeis pasado? preguntó la niña á su madre.

—¡Ay Isabel! respondió tristemente la anciana. ¡Será la última bajo este humilde techo, en esta pobre cama donde he dormido más de cuarenta años! ¡Hija mia! ¡hija mia!!! ¡desde hoy no tendremos donde reclinar nuestra cabeza!... ¡la piedra de los campos será nuestra almohada, la tierra nuestro lecho!!!

Y mientras que Mariana fué vistiéndose, contó á su hija la visita del propietario, su dureza, sus amenazas, ¡sus crueles amenazas, que pronto iban á cumplirse!...

Isabel prorumpió en gritos dolorosos y se arrojó al cuello de su madre, que en vano se esforzaba por consolarla, tal vez pesarosa de haberla comunicado tan infausta nueva.

Pero en este momento se sintieron pasos, y el casero, con fruncido ceño y airado semblante apareció en la habitacion acompañado de un escribano y varios alguaciles del juzgado. Y sin fijar la vista en aquella desgarradora escena, tomaron asiento junto á la mesa, sobre la que pusieron sus papeles y escribieron las primeras diligencias, tasando los muebles y sacándolos en seguida para venderlos en pública subasta.

Las dos infelices mujeres que habían presenciado mudas de dolor aquel cruel despojo, tan luego como se vieron solas doblaron sus rodillas, cayeron al suelo y se estrecharon para llorar.

Al trascurrir una hora poco más ó ménos, los agentes volvieron á penetrar bruscamente en el cuarto; tomaron un espejo ennegrecido, deslustrado y lleno de rayas para venderlo también, porque los pocos enseres que llevaron antes apenas habían producido una tercera parte de lo que importaba la deuda. Estaban ya para marchar, cuando el casero, lleno de cólera, porque creía que iba á salir cargado con las costas, les señaló el cuadro de la Virgen, al pié de la cual Mariana é Isabel se hallaban arrodilladas y temblorosas.

—¿No hay otra cosa? dijo el alguacil, incomodado en vista de tan exiguo producto,

—Registrad nuevamente, tratemos de hacer dinero, repuso con voz imperiosa y dura el propietario.

El agente practicó un escrupuloso reconocimiento; y cuando vió que no había más enseres, tomó el espejo y se puso á descolgar la imagen.

En este instante, las cristianas mujeres como heridas por un rayo, lanzaron un grito de desesperacion y de espanto.

—¿Cómo! dijo Mariana toda temblorosa, ¡también me arrebatarán la santa imagen de la Virgen?... ¡Ay! ¡Dios mio, Dios mio!!! ¡he aquí la mayor de mis desgracias! ¡Dejadme, señores, que aunque vale poco es mi único bien, mi dulce y tierno consuelo!!!... ¡Hija mia! ¡Ayúdame á regar á estas inhumanas gentes!...

Y en tanto que Isabel caía arrodillada á los pies de aquel hombre cruel y duro, Mariana, colocándose delante de la imagen, hacia esfuerzos sobrehumanos por defenderla de los que ella consideraba como á sus profanadores.

El aire brutal del propietario no desarmó tampoco á la anciana.

—¡Dejadme por Dios!!! le decía con el acento más tierno y suplicante. ¡Dejadme! os lo ruego por la santa memoria de mi esposo, por el recuerdo de mis bodas celebradas ante esta sagrada imagen. ¡Ah!!! ¡no! ¡no!... ¡tendréis compasion de mí!!!... ¡me dajareis ese pobre lienzo que ha escuchado el primer suspiro de mi hija al entrar en la vida, y ha recogido también la última mirada de mi esposo al despedirse del mundo!... ¿Qué vais á ganar vendiendo esa imagen, cuando es más vieja que yo, tan próxima á romperse en girones como yo á convertirme en polvo?

Pero el casero se mostró como siempre impasible, pues ni siquiera se dignó responder á los agudos lamentos de la anciana. Arrancó la imagen de su sitio y la entregó al agente.

Estos hombres sin corazón desalojaron en aquel instante la desmantelada vivienda, dejando sumidas en la mayor amargura á las dos santas mujeres, modelo de virtudes que el cielo premiaría algun día con generosa largueza.

Mariana no pudo resistir más: su cuerpo y alma habían sostenido una terrible y prolongada lucha con aquellos inhumanos seres, y el dulce consuelo, la hermosa y única esperanza que aun les quedaba en su soledad ¡también se la arrebataban cruelmente!...

Mariana se desmayó, y la atígida Isabel, al ver caer á su madre, y al notar la palidez de su semblante, aquellos ojos desencajados, aquel frío y copioso sudor, creyó ver en todas estas señales el sello horrible de la muerte.

Lanzando entonces un grito penetrante de profundo dolor, cayó también desmayada sobre el cuerpo inmóvil de la anciana.

Para aquellas dos almas candidas no existía la caridad en el mundo; sin amparo, sin hogar, sin un pedazo de pan para llegar á su boca, y hasta privadas en aquel momento de una mano benéfica que rociara sus frentes con algunas gotas de agua, iban á perecer en

la más triste y desconsoladora orfandad, si el cielo no tendía cariñoso una mirada de compasión. Aquella inmaculada Virgen a la que incesantemente rogaban, era la única esperanza, su bendita tabla de salvación.

¡Ay! ¡el corazón del hombre más duro que la roca había desoído sus tristes lamentos!!!...

Mariana al poco rato suspiró lanzando un profundo gemido, entreabrió sus ojos y acarició tiernamente a su hija, cuya hermosa cabeza descansaba en el seno de su santa madre. Isabel, al escuchar las dulces y cariñosas palabras de la anciana, fué también poco a poco recobrando aliento; pero al mirarse y tender sus ojos en torno suyo, donde no existía más que la soledad y angustia, prorumpieron de nuevo en amargo llanto.

—¡Tengamos resignación, hija mía! ¡esperemos en Dios y en nuestro señor Jesucristo y en la Virgen Santísima, que no nos olvidará!...

—Sí, madre querida; yo trabajaré mucho, y con lo que gane podremos mantenernos hasta aquí.

Iré a la ciudad, y si es preciso me sujetaré a servir a las señoras, ó mendigaré también de puerta en puerta el pan que necesiteis.

Los ojos de la anciana, bañados en lágrimas, sintieron en este instante una debilidad extremada; su vista se apagaba por momentos.... una nube de oscuridad los cubría.... el velo de las tinieblas iba a cerrarse ante sus radientes pupilas....

—¡Hija mía!!!... ¡Hija mía!!!... ¡estoy ciega! exclamó en un grito dolorosísimo la afligida anciana.

—¡Madre de mi corazón!!! ¡Madre mía bendita, no puede ser!... ¡La Virgen no lo quiere!!!

Y la tierna niña se esforzaba en vano por colmar de caricias a su madre.... y la consolaba con dulces palabras de esperanza.... pero, ¡ay! la anciana había cerrado sus párpados y no contestaba.

—¡Ah! madre! ¡madre! ¡está muerta!!!... dijo la pobre niña exhalando un desgarrador acento.

Isabel se levanta entonces llena de heroica resolución, y camina precipitadamente a la puerta.... pero al llegar al dintel, retrocede, y postrándose al lado de su madre, que permanecía inmóvil sin que se percibiera su aliento, dirige su dulce y conmovedora mirada al sitio donde estuvo clavado el cuadro de la Virgen, y con la emoción más profunda, exclama anegada en llanto:

—¡Virgen piadosa! ¡Amparadme; ¡Salvad a mi madre que es buena y os quiere mucho!... ¡Salvádmela, y en prenda de cariño y de gratitud, ahí tenéis mi alma, que es pura como la de los ángeles!!!... ¡Ay! ¡Dios mío, Dios mío! ¡no habrá quien se compadezca de nosotras!

—¡Sí, hermosa niña, la Purísima Concepción, la inmaculada Virgen!... dijo una voz celestial, de una señora que penetraba en aquel momento en el cuarto.

Y al ruido de los pasos, y al oír aquel acento extraño, la anciana, que había sido víctima de un segundo desmayo, volvió de su abatimiento y abrió sus ojos a la luz.

—Tomad, señora, le dice la hermosa joven recién llegada: ahí tenéis un bolsillo «que contiene 12,000 rs.» en oro; aceptadlo, que el cielo es quien os lo envía.

La inocente niña, estrechando con ternura a su madre, besándola e inundándola de lágrimas, embargada de gozo, sintió un estremecimiento de indefinible sorpresa y hasta de religioso temor, porque le parecía ver, bajo la forma humana de aquella bellísima joven, a la Virgen del Cielo, a quien hacía muy pocos instantes que llamaba en su ayuda.

La anciana también se sentía vivamente impresionada por tan inesperada aparición; dudaba si era un sueño ó realidad lo que en aquel instante veía, no sabía qué contestar ni qué decir a la elegante y hermosa dama que la honraba con su caritativa visita.

Por fin, sin rehusar ni aceptar la cantidad que la desconocida le ofrecía, cantidad que era para ella un inmenso caudal, una fortuna considerable, se atrevió a preguntar de quién procedía rasgo tan benéfico, y por qué se la entregaba tanto dinero.

Muy sencillo, buena anciana, dijo cariñosamente Elena, que así se llamaba la preciosa joven desconocida para aquella santa familia.

La imagen que poseáis era una admirable copia de la Concepción de Murillo. Mi padre, que es uno de los pintores más notables de la corte, pasaba por una feliz casualidad en el momento en que se iba a adjudicar el cuadro a un caballero, sin duda inteligente, que había ofrecido por él una cantidad insignificante. Mi padre ofreció más, el otro también, y ambos se lo han disputado por bastante tiempo, hasta que al fin el competidor cesó, y fué adjudicado a mi padre en los «12,000 rs.» que os entrego. A la Virgen debéis, pues, este socorro.

También nos refrieron las gentes vuestra situación aflictiva, y cuanto os ha ocurrido con el cruel arrendatario, contra el que se ha levantado en la ciudad un grito de horror y de indignación: por eso he solicitado de mi padre que me dejase venir hasta vuestra morada para tener la gloria de ser la mensajera de vuestra felicidad.... y ahora que os conozco, mi alma experimenta una doble é inmensa satisfacción.

Mariana y su hija, que habían oído con interés vivísimo la narración de Elena, sintieron movidas por un mismo pensamiento, y fijando sus ojos en el sitio donde había estado la preciosa imagen, dirigieron a la Virgen los más dulces y delicados acentos de profunda y cariñosísima gratitud.

El ángel de ventura de aquellas santas mujeres también se postró en el suelo, y oró fervorosamente.

Las tres almas puras sentían en aquel instante dichoso un placer inmenso, infinito, comparable solo a la alegría de los ángeles.

Así permanecieron en religioso silencio unos cuantos minutos, después hablaron largamente, estrechando Elena con ternura a la inocente Isabel, y ofreciéndose mutua y eterna amistad.

Aquellos corazones de oro, las dos inocentes palomas, sintieron arder al mismo tiempo dentro de su castísimo seno la pura llama del cariño, semejante al angelical amor que sienten los querubines en el cielo.

Al despedirse Elena, la anciana y la niña la colma-

ron de bendiciones, bañando su bienhechora mano con lágrimas de ternura.

La hermosa joven volvió en busca de su padre para darle cuenta de tan conmovedora escena.

Cuando la madre y la hija quedaron solas, la alegría llegó a ser una especie de delirio que solo puede comprender el naufrago que en su agonía le ofrece la Providencia la tabla de salvación.

Mariana é Isabel disfrutaron ya una completa felicidad.

La anciana, en su larga existencia, todos los años, en el mismo día en que se verificó la venta de sus muebles, hacía celebrar una misa y encender una vela de cera en la capilla de la Purísima Concepción, donde se conserva todavía este cuadro, que cedió generosamente el padre de Elena.

Nada de milagroso hay en la presente historia, y sin embargo, puede verse una señalada recompensa a la devoción de la pobre viuda que, dichosa ó desgraciada, decía siempre con todo su corazón:

¡Virgen Santísima, celestial María! ¡en Vos espero que sois Madre de las madres, amoroso consuelo de los afligidos, aliento del desgraciado, tabla salvadora del que con viva fé solicita vuestra protección generosa!

DOMINGO FERNANDEZ ARREA.

CUENTO HISTORIAL.

Érase que se era un rey.

El rey se llamaba Felipe el segundo, porque no era el tercero.

Si esta deducción no es lógica, atrás viene quien las endereza.

Pero contemos el cuento y dejémonos de historias, ó hagamos historia y no nos vayamos por los cerros de Ubeda.

El bueno del monarca era un gran cazador, aunque no daba nunca en el blanco ni en el negro tampoco; lo cual solo quiere decir que era cazador de cantidad, que cazaba mucho, aunque no cazaba nada.

Y diz que estando en el Escorial, quiso desahogar su cabeza, llena siempre de minutas, y salió al monte en compañía de don Diego de Córdoba y otros cazadores.

Empeñado en seguir a un javalí, se vió luego extraviado, y solo también se viera, a no seguirlo a él por cerros y barrancos su fiel vasallo Córdoba.

En esto cerró la noche, lloviendo si Dios tenía qué sobre la real persona, si bien para que viera dónde ponía su planta real, alumbraban con frecuencia algunos centenares de relámpagos y truenos (Los truenos no debían alumbrar, pero así lo dice la historia y así va.)

En medio de aquel cataclismo lograron columbrar alguna que otra luz, y enderezando a ellas, pudieron al fin, aunque no sin tropiezos y caídas, llegar a un lugarito, donde resolvieron pernoctar como Dios quisiera.

Parecióle al de Córdoba que la mejor posada sería la del párroco, y con permiso del rey, se anticipó a fin de procurársela con todas las posibles conveniencias.

—¡Ah de casa! dijo llamando en la puerta del cura.

—¿Quién diablos viene ahora a importunarme? contestó su merced del cura, que era hombre de buen humor, aunque un tanto avinagrado.

—Abra vuestra merced, que no es diablo el que llama.

—¿Pues quién ha de ser si no?

—El rey.

—¡Ave María Purísima!

Y antes de concluir de rezar la santa salutación, se abrió de par en par la puerta de la casa.

—Buenas noches nos dé Dios.

—Señor, deme vuestra majestad a besar sus reales piés, y perdone por mi ignorancia.

—Besa, y en paz.

—Ahora bien, señor y rey, vea vuestra excelsa majestad en qué puedo servirlo, y mande con todo su predominio, que yo solo he de hacer más que cien vasallos.

—No te quiero dar otro cuidado, sino que mandes tú que me sirvan una perdiz asada, que enciendan el hogar y que me hagan una cama.

—Bien poco es eso, señor, para lo que debo a mi rey y señor natural.

—Pues nada más quiero que eso: lumbre, cama y una perdiz.

—A la mano de Dios.

Y el cura dió sus órdenes como un maestro de campo, para que se echara toda la despensa en la sartén, y toda la leña en el hogar, y toda la lana en la cama.

Mientras se adobaba la perdiz, y los ilustres extraviados enjugaban al calor del hogar sus mojadas ropas, el rey, que había notado la discreción del clérigo, le hizo venir a su presencia con propósito de divertir su mal humor.

—Discreto me pareces, le dijo.

—Señor, ante vuestra excelsa majestad el ingenio más brillante se oscurece, como ante el sol todos los astros.

—Luego astro eres.

—Fué un simil, señor, mi aserto, ó artificio de retórica.

—¿Me niegas la consecuencia?

—Dios me libre, señor, de negar nada a vuestra excelsitud!

—Pues concede que eres astro.

—Concedo, pero errante: *id est*, opaco, ó sin más luz que la que le presta vuestra majestad, que es el sol de mi universo.

—¿De astrología entiendes?

—Un poco.

—¿Cuántos luminares hay en el cielo?

—Señor, otra noche los contaré, porque en la presente está muy anubarrado el firmamento.

—Es verdad, dijo el rey tentándose la ropa. Pero todo astrólogo, añadió, tiene algo de adivino.

—Así es la verdad, señor.

—Ahora bien, ¿sabías tú adivinarme las tres cosas que tengo yo en el pensamiento?

—Señor, el murciélago, que es pájaro rastrero y no charniego, no puede seguir al águila en su vuelo. Con todo eso, si vuestra excelsitud me da la venia para subir a su altura, acaso pueda entrar en su secreto.

—Veamos.

—Creo, *salvo meliori*, que vuestra excelsa majestad está pensando ahora en la inquietud de la reina mi señora hasta saber vuestro paradero, que ha de saber muy pronto, por el mensaje que yo ya le envié con criado de quedar sana y salva aquí vuestra real persona.

—¡Pardiez que has acertado! Adelante.

—El segundo pensamiento que ocupa, y con razón, a vuestra majestad, despues de aquel, que es el primero, y tras de venir asendereado por cerros y barrancos, es seguramente un pensamiento culinario.

—En efecto; pensando estaba en la perdiz. Adivina la tercera cosa, y pídemelo lo que quieras.

—La tercera cosa en que piensa vuestra poderosa y sabia majestad, añadió el astuto clérigo, es la sede vacante de la diócesis de Tuy, y el triste estado y atraso de este su humilde servidor y capellan, que sus piés besa.

—¡Gran astrólogo eres! exclamó el rey poniéndose todo lo ménos feo que le fué posible.

—¿He acertado en esto también, señor? preguntó el clérigo con una expresión inimitable, inocente y picaresca al mismo tiempo.

—Nadie, contestó el rey, nadie fué jamás tan sutil en esto de adivinar mis pensamientos, como lo ha sido su Reverendísima el Obispo de Tuy.

—¡Oh! mil gracias, señor.

—A Dios sean dadas.

Y se las dieron.

Y cenaron.

Y se acostaron.

Y dormirían también, aunque no lo dice la historia.

—El día siguiente partió el rey para el Escorial, y el clérigo para su obispado.

Y si, lector, digierdes ser comento, como me lo contaron te lo cuento.

SAL Y PIMIENTA.

Biblioteca de obras festivas, ilustrada con profusión de viñetas, dibujo de Miranda, grabado de Capriz,

BAJO LA DIRECCION DE D. CARLOS FRONTAURA.

Se entregan al año por 24 rs. en Madrid y 26 en provincias.

Se han repartido las entregas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> de Cuadros al fresco, primera obra que publicamos en la Biblioteca de obras festivas, titulada *Sal y pimienta*. Las seis entregas publicadas, contienen los cuentos siguientes: *La cordura de un loco*, con cinco grabados, *Doña Sabina*, con cinco viñetas, y *Si bre-vino una pendeñicia*, con cuatro. En las entregas siguientes se publicarán los cuentos *El ánima en pena*, *El tesoro escondido*, *El entuerto enderezado*, *La venta del pobre*, todos con grabados. Las entregas 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> se repartirán próximamente. Todas las personas de buen gusto deben poseer esta Biblioteca.

Precios de suscripción: En Madrid, 6 rs. por tres meses. 12 por seis y 24 por un año.

En provincias 8, 14 y 26, remitidos en sellos ó libranzas a la Administración.

La suscripción se empieza a contar desde el 15 de Diciembre, en que salió la primera entrega.

Administración de la Biblioteca, Caños, 4, bajo.

ANUNCIOS.

**El Angel del Hogar. Revista de modas, Educación, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad, bajo la dirección de doña María del Pilar Sinués de Marco.**—Lleva tres años de existencia, se publica cuatro veces al mes, y reparte magníficos figurines iluminados, pliegos de dibujos, patrones, labores en tela y para cañamazo, crochet, etc., etc.—La suscripción cuesta por un mes en Madrid 8 reales; en provincias 10, por tres meses 23 y 28 reales, por seis meses 44 y 52 reales, por un año 84 y 100 reales.—Admon., Trujillo, 3, 2.<sup>o</sup>

ALMANAQUE DE EL CASCABEL, para 1866.

No quedan más que 100 ejemplares de este Almanaque, del que se han hecho ya tres ediciones.

Así, pues, desde hoy no tienen derecho al Almanaque mas que los 100 primeros nuevos suscritores que se abonen por un año, a contar de 1.<sup>o</sup> de Enero ó de 1.<sup>o</sup> de Febrero.

Nuestros actuales suscritores lo tienen ya todos en su poder.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel,

A CARGO DE M. BERNARDINO.

calle de los Caños, número 4, bajo.